EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL DÍA DEL DESPOSORIO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

TOMÁS MUR

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1887.

A la Sta. Dª Elvira González simpática y distinguida actriz intérprete de "María".
En testimonio de afecto y gratitud de su aftmo. amigo
q. b. s. p.

El Autor

EL DÍA DEL DESPOSORIO

EL DÍA

DEL

DESPOSORIO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

TOMÁS MUR

Representado por primera vez en Madrid,
con extraordinario éxito, en el Teatro de Novedades
el 18 de Marzo de 1887.

MADRID
IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY
4 — Plaza del Dos de Mayo — 4
1887.

Personajes.	Actores.
MARÍA (18 años)	D.ª ELVIRA GONZÁLEZ.
JUANA (50 íd.)........	— MANUELA MORAL.
EL CONDE (60 íd.).....	D. FEDERICO CARRASCOSA.
RAFAEL (28 íd.)......	— JOSÉ MONTIJANO.
ERNESTO (20 íd.).....	— RAFAEL BARCELÓ.
UN CRIADO...........	— HILARIO FERNÁNDEZ.

La acción en Madrid.—Época actual.

Por derecha é izquierda se entiende la del actor.

Á mis Padres

Á vosotros debo la existencia.

De vosotros recibí las caricias primeras al abrir los ojos á la vida.

Recibid, como prenda de entrañable cariño, este pobre fruto de mi inteligencia, y con él mi primer triunfo literario, que, más que para mí, ambicioné para vosotros.

Os abraza y os quiere vuestro hijo

Tomás.

ACTO PRIMERO

Sala con puertas laterales y un rompimiento. Al fondo una chimenea con gran espejo, reloj y jarrones; delante una araña. A la izquierda un velador con albums y dibujos. A la derecha una mesa con recado de escribir. En los ángulos estatuas sobre pedestales de salón, entredoses con espejos y candelabros. Fumadoras, sillones, etc. y colgaduras elegantes.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y JUANA. María, en traje de baile, sencilla y elegante, hojea un álbum. Juana, contemplando á María y terminándole su tocado.

JUANA. ¿Quién al mirarte en tal traje
no siente por ti cariño?
MARÍA. (Mostrándole un álbum.)
Mira qué precioso niño
hay en tan bello paisaje.
JUANA. Bien, ya lo veré; esta flor
aquí. (Colocándole una en la cabeza.)
MARÍA. (Mirando una lámina del álbum.)
¡Qué bellos colores!
Juana, no pongas más flores;
te lo ruego por favor.
Parece este niño hermoso,
sin atavíos ni galas,
ángel que plegó sus alas
en instante de reposo.

Preso en sus manos se agita,
suplicando libertad,
un pajarillo.

JUANA. En verdad,
que es estampa muy bonita.

MARÍA. En el niño está el contento
perfectamente expresado,
y el pájaro aprisionado,
parece, mirando atento
á sus pobres pequeñuelos,
que pían en la enramada,
que con su triste mirada
los recomienda á los cielos.
¡Qué expresión y qué dulzura!
¡me admira tanta belleza!
(Con entusiasmo infantil.)

JUANA. ¡Qué corazón, qué cabeza
que tiene esta criatura!
(Queriendo demostrar los sentimientos de María, con expresión exagerada y cariñosa.)

MARÍA. Lejos, y en fondo brillante,
el mar, que agitado mueve
olas de esmeralda y nieve
con matices de diamante.
Me causan fascinación
tan artísticos primores.
¡Parece un edén de amores
ó un sueño de inspiración!

JUANA. ¡Bello país, en verdad!
Si hoy te lo muestra el artista
pintado, pronto tu vista
lo verá en la realidad.

MARÍA. ¡Italia! Patria de amores,
del Arte y la Poësía;
madre fecunda á porfía
de poetas y pintores.
Mi eterna luna de miel
veré asomar en su cielo;
que hoy realicé mi anhelo
uniéndome á Rafael.
Y que he de ser, me parece,
(Dejando el álbum y levantándose con viveza.)
siempre feliz y dichosa.

JUANA. La que cual tú es tan hermosa,
eterna dicha merece.
Yo, que siempre te he querido

cual madre, tu dicha quiero;
que has de ser feliz espero,
con amante tan rendido.

MARÍA. Tiene tan gran corazón
y me ama con tal ternura,
que fuera, Juana, locura,
abrigar otra opinión.
¡Yo le adoro con delirio,
y él me ama con frenesí!...

ESCENA II

Dichas, EL CONDE

CONDE. (Por el foro derecha, y que ha escuchado los últimos versos, yendo á su hija.)
¡Cuánta dicha! Al verte así,
qué feliz soy. (Abrazándola.)

MARÍA. ¡Padre mío! (Idem.)

CONDE. Juana, se acerca el instante
de la anunciada *soirée*.
Que todo arreglado esté.

JUANA. Voy al punto. (Vase foro izquierda.)

CONDE. (Contemplando á María y estrechando sus manos contra las suyas.)
¡Qué radiante
tu hermosura en el salón
desplegará hoy su belleza!
La más preciada riqueza
que adora mi corazón.
Hoy es día para mí
de placer, día dichoso;
pues Dios te otorgó un esposo
honrado y digno de ti.
Ya queda mi afán profundo
satisfecho, pues te veo
feliz, como mi deseo
ambicionó en este mundo.

MARÍA. Yo, gracias á Dios le doy
por tanta felicidad;
que es completa, á la verdad,
la ventura que siento hoy.
Ver realizado el amor

que soñó mi fantasía,
y ver tu inmensa alegría,
que es aún ventura mayor.

CONDE. Adoras á Rafael...

MARÍA. Con amor ciego, profundo,
y no cambiara en el mundo
por nada pasión tan fiel.

CONDE. Al sentir el palpitar
de tu tierno corazón,
se adivina esa pasión
que no es posible ocultar.
Pues es franca, cuando es pura,
y, sin temer dar enojos,
límpida asoma á los ojos
con su radiante hermosura.
Si hoy existiera la madre
que te legó su belleza,
con su caudal de terneza,
aumentara el de tu padre.

MARÍA. (Con alegría infantil.)
¿Me parezco?

CONDE. (Conmovido.) ¡Sí, por Dios!
Tanto, que este pobre viejo,
al mirarte ante un espejo,
cree veros á las dos.
Me era imposible sin ella
vivir; Dios lo comprendía,
y en ti dibujó, hija mía,
su imagen perfecta y bella.
Ley justa, sabia y bendita
que es necesario acatar,
pues Dios sabe compensar
lo que da con lo que quita.
Belleza te presta á ti,
y á mí encorvándome va:
pues es más lo que á ti te da
que lo que me quita á mí.
Ese cambio beneficia
el afán del corazón;
que el Dios de la redención
es el Dios de la justicia.

MARÍA. ¡Estás hablando de un modo
que me asusta! (Entristeciéndose.)

CONDE. (Consolándola.) ¡Angel amado!...

MARÍA. ¡Eternamente á tu lado
viviré, casada y todo!

CONDE. De la vida en el camino
no podemos marchar juntos;
vamos á distintos puntos
con diferente destino.
Tú eres flor que abre su broche
al beso del claro día;
yo prosa, tú poësía;
tú la luz y yo la noche.
Esta diferencia advierte,
pues nos hallamos, querida,
tú en las puertas de la vida,
yo en el dintel de la muerte.

ESCENA III

Dichos, JUANA

JUANA. Señor, todo está arreglado.
CONDE. (A María.)
¿Quieres que al salón pasemos?
MARÍA. Lo que gustes, pues dispuesta
siempre estoy á tu deseo,
y lo que apetezcas tú,
eso apetezco y anhelo.
(Vanse cogidos del brazo y seguidos de Juana por el foro izquierda.)

ESCENA IV

RAFAEL, ERNESTO en traje de etiqueta, y un criado por el lado contrario, en cuanto han desaparecido los anteriores personajes.

ERNESTO. ¿Está en casa tu señor?
CRIADO. En este mismo momento
ha pasado á los salones
con la señorita.
RAFAEL. Bueno;

vete y no les des aviso,
que aquí les aguardaremos.

CRIADO. Está bien, como usted guste.
¿Quiere usted algo?

RAFAEL. No, Pedro.
(Vase el criado, después de saludar.)

ESCENA V

RAFAEL, ERNESTO

RAFAEL. Pues sí, Ernesto; me casaron
esta mañana.

ERNESTO. Me alegro.
¿Con mi prima?

RAFAEL. Con tu prima,
que es un ángel.

ERNESTO. ¡Ya lo creo!...

RAFAEL. De anunciarla tu llegada,
chico, no he tenido tiempo;
pues con los preparativos
del viaje que emprenderemos
cuando termine la fiesta,
que pronto dará comienzo,
no he podido en todo el día
verla ni hablarla un momento (1).

ERNESTO. Mayor será la sorpresa.

RAFAEL. Tienes razón.

ERNESTO. (Sentándose.) Continuemos.

RAFAEL. Continúa relatando
tus eternos devaneos;
pues veo que no has cambiado
ni llevas trazas de hacerlo.

ERNESTO. No hay en el mundo otra dicha
que ese placer...

RAFAEL. (Con ironía.) ¡Pobre Ernesto!..
El placer pisando la honra
es un placer pasajero,
que jamás llega hasta el alma,
porque no es placer del Cielo.

---

(1) Procure el actor marcar estos dos últimos versos.

Crimen que nace en la sombra,
germen de un remordimiento,
que al encender la conciencia
brilla en la mente su fuego,
y se extiende por las venas,
y abrasa el alma y el cuerpo.

Ernesto. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué moralista!
Rafael, te compadezco;
poco conoces el mundo,
los pactos de amor, deseos
del frágil barro que cubre
el tosco humano esqueleto,
la sociedad en que vives
ni el humano pensamiento.
Y si todo esto no ignoras,
eres virtuoso en extremo.

Rafael. Pensando así...

Ernesto. Vivo alegre,
sin que me consuma el tedio.

Rafael. ¿Y la virtud?

Ernesto. ¡Tontería!
Fingida, se la concedo
á la mujer, pues sus armas,
al fin, son el fingimiento.
Oye, Rafael amigo,
la opinión que de ellas tengo,
con muy pocas excepciones,
que por pocas las respeto.
Fortaleza inexpugnable
se fingen con arte y celo
al galán enamorado
que las jura *amor eterno*...
y sacrificar su vida
por una sonrisa... un beso...
Fingen amor y caricias
si acceden á nuestro anhelo,
y al dejar de ser amadas
fingen llanto y sentimiento,
invocando su honra herida...
y al cabo de poco tiempo
ahogan su dolor, sus lágrimas,
en otro regazo nuevo;
pues desde aquel Paraíso
en que sonó el primer beso,
todas, desde Eva inclusive,
son un manojo de nervios

que se agitan y se mueven
á impulso de sus deseos.

RAFAEL. Apreciaciones funestas
que se abrasan en tu aliento;
palabras que de tus labios
caen sepultadas al cieno,
avergonzadas, sin duda,
de pedir alas al viento,
por no emponzoñar el aire
con su corruptor veneno...
Mas mi cariño perdona
tu impúdico pensamiento,
porque tu opinión ligera
ni la sientes, ni la acepto...
Canta por cantar el pájaro,
y hablas por hablar, Ernesto.

ERNESTO. Son cuestiones de moral
en que no estamos de acuerdo;
y dejando digresiones
sobre si es blanco ó es negro,
tú defiendes tu opinión,
y yo á la mía me atengo.

RAFAEL. La experiencia solamente
te servirá de maestro...
Mas no sientes lo que dices.

ERNESTO. Lo siento, afirmo y sostengo.

RAFAEL. ¡No es posible!

ERNESTO. Pruebas hartas
tengo que apoyan mi aserto.

RAFAEL. ¿Será verdad?

ERNESTO. De Valencia
vengo, amigo mío, huyendo
de una muchacha muy bella,
pero que olvidarla debo...

RAFAEL. ¿La amabas?...

ERNESTO. Sí, relaciones
íntimas...

RAFAEL. Ya te comprendo.

ERNESTO. Se empeña en que yo repare
lo que reparar no puedo;
porque casarme con ella,
proceder fuera harto necio.

RAFAEL. Si ella con honra vivía
y tú se la hurtaste, Ernesto,
debes su honra devolverle,
y cumplir cual caballero.

ERNESTO. Cual caballero he cumplido;
pues á cambio de su afecto,
la envié antes de partir
un metálico consuelo
que aliviara...

RAFAEL. ¡Honrado porte!
De escucharte me avergüenzo.
Pero esta conversación
es preciso que dejemos,
que escucho la voz del conde
y hay que salir á su encuentro.

ERNESTO. Cerrada la discusión.
(Rafael es un majadero.)

RAFAEL. (¡Pobre sociedad, si todos
pensaran como este necio!)
(Salen al encuentro del conde y María.)

ESCENA VI

Dichos. EL CONDE y MARÍA por la izquierda.

CONDE. ¡Rafael!...

RAFAEL. ¡Conde... María!

ERNESTO. ¡Primita!

MARÍA. ¡Hola!

ERNESTO. ¡Tío!

CONDE. Ernesto,
¿tú por aquí?

MARÍA. ¡Y de sorpresa!

CONDE. ¿Otra vez en Madrid?

ERNESTO. (Con petulancia.) Vengo
á disfrutar de la vida
de la corte.

CONDE. Lo celebro.

ERNESTO. María, mi parabién
te doy por tu casamiento.
Tú bella, él notable artista,
formáis los dos el completo
que resulta cuando se une
la hermosura con el genio.
Y ya que tarde he llegado
á la boda, te prometo

á la fiesta de esta noche
asistir.

MARÍA. Te lo agradezco.

ERNESTO. Ya que en la iglesia no estuve,
asista al baile á lo menos.

CONDE. De tan renombrado artista
amigo eres, según veo.

ERNESTO. Amigo y admirador;
que es artista de talento,
y del insigne Velázquez
el legítimo heredero.

RAFAEL. Elogios exagerados,
que, aunque los juzgo sinceros,
aceptarlos no es posible
hasta lograr merecerlos.

ERNESTO. Artista eres de valía;
lo proclama el mundo entero,
y aunque el mundo lo callara
lo publicaran tus lienzos.

CONDE. Es que es modesto y sencillo,
como siempre lo es el genio.
¡Si vieras qué hermosos cuadros
de tan gran pintor poseo!
Pero el más bello de todos
es un retrato perfecto
de María.

MARÍA. Obra notable
de tan insigne maestro.

CONDE. Y dicen que es muy difícil
poner á tal joya precio...

RAFAEL. Ciertamente, es imposible
tasarla, yo lo confieso; (Abrumado de tanto elogio.)
mas, su valor absoluto,
lo debe, no á mí, al modelo.

MARÍA. Tan bella galantería
digna es de ti, y la agradezco.

RAFAEL. Si tú valor no le dieras,
valor no tendría el lienzo;
pues á no existir tu rostro,
no alcanzara el pensamiento
á crear un ideal
tan sublime ni tan bello.

CONDE. Siempre se sale vencido
con él. (A María cariñosamente.)

RAFAEL. ¡Oh! ¡todo mi anhelo
es ser justo!

ERNESTO. Ya el retrato
ver con impaciencia espero.
CONDE. Pues cuando gustes.
ERNESTO. Andando.
CONDE. Al gabinete pasemos.
Le admirarás mientras tanto
me visto. Vamos adentro. (A Ernesto.)
Aquí os quedáis, hijos míos,
un instante, y pronto vuelvo.
(Toma el brazo á Ernesto, diciéndole aparte.)
Es joven que vale mucho.
ERNESTO. (Al conde.) Yo como hermano le quiero,
aunque en asuntos morales
distintamente opinemos.
(Desaparecen por la puerta segunda derecha.)

ESCENA VII

MARÍA y RAFAEL

RAFAEL. Desde que al pie del altar
sancionó el Cielo esta unión,
es la primera ocasión
que á solas te puedo hablar.
Y al mirarte en este instante,
casta, bella y ruborosa,
pudiendo llamarte esposa
pura y de virtud radiante,
recuerdos que en confusión
se reflejan en mi mente
y se agolpan á mi frente
y agitan mi corazón.
Recuerdo cuando llegué
á Madrid con mi pobreza,
albergando en mi cabeza
un ideal que soñé,
y sin que expresar pudiera
el afán que en mí sentía,
mi corazón encendía
una misteriosa hoguera...
Fuego que ardiente anunciaba
el germen de un sentimiento,

y á mi oscuro pensamiento
su resplandor enviaba.
Ideal, fuego y afán
sentí agitarse sin calma,
y me abrasaban el alma
como lava de un volcán.
Palpitó mi corazón,
el fuego subió á mi mente,
irradió luégo en mi frente,
y brotó la inspiración.

MARÍA. Inspiración que con brío
á la lucha te lanzara,
y desde entonces quedara
subyugada á tu albedrío.

RAFAEL. Y desde que en mí sentí
ese destello divino,
del Arte seguí el camino
con ardiente frenesí.
Arrostré con valentía
de la suerte la fiereza,
y en busca de la belleza
volaba mi fantasía.
Muy lejos, en lontananza,
vi su aspecto peregrino...
¡Qué largo, y arduo el camino,
y qué inmensa mi esperanza!
Con fe corrí; fuí pisando
de la envidia los abrojos,
y el montón de sus despojos
lentamente me fué alzando.
¡Y tantos acumulé
con mis plantas desgarradas,
que me sirvieron de gradas,
y hasta la cumbre llegué! (Ligera pausa.)
Mas con dicha tan notoria,
no estaba el pecho gozoso:
ansiaba un ángel hermoso
para completar mi gloria.
Y al ver tu faz, pura y bella,
renació en mí la alegría,
y á tu alma envía la mía
á decirla su querella.
Las dos almas se encontraron,
y en una se confundieron:
mis pesares concluyeron,
y mis dichas empezaron...

Por eso es hoy nuestro amor
dos seres y un sentimiento;
un alma y un pensamiento,
voz y eco, luz y calor. (Rápido.)

MARÍA. Embelesada te escucho,
y no sé qué contestarte....
¡Sólo sé, Rafael, amarte!...

RAFAEL. ¿Me quieres mucho?

MARÍA. ¿Qué mucho?
Sólo lo puedo sentir;
que si expresarlo quisiera,
conseguirlo no pudiera
cual lo llegué á concebir.
Como... al nombre de mi madre,
cuya memoria venero,
así, Rafael, te quiero,
y casi más que á mi padre.
¡Sentí un amoroso anhelo
antes de oir tus amores,
por los pájaros, las flores...
y las estrellas del cielo!...
Y sin temer sus querellas,
tanto amor á ti te he dado,
que sin amor se han quedado
pájaros, flores y estrellas.
Y soy á mi amor tan fiel,
y es tan ciego y tan profundo,
que pienso que todo el mundo
eres tú, mi Rafael.

RAFAEL. ¡Y tú mi amor, mi ventura,
ángel bello, que me inspira
el pensamiento que gira
en mi eterna calentura,
cuando, juzgando pequeño
el mundo, yo me agiganto
en mi estudio, templo santo,
donde con el arte sueño;
y en confuso torbellino
veo en el lienzo asomar
cuanto yo pude soñar,
aún más de lo que imagino!
Mi mente entonces reparte
mi inspiración, mi memoria,
entre el ansia de la gloria
y el delirio de adorarte.

MARÍA. Un deseo, una mirada

somos los dos.
RAFAEL. Poco es eso.
Somos... ¡la esencia de un beso
en un alma concentrada!

ESCENA VIII

Dichos, UN CRIADO

CRIADO. Señorita...
MARÍA. (Viendo una tarjeta que ha sacado el criado.)
«La marquesa
del Cerro». Al momento voy.
(Vase el criado.)
Ya de mí dueña no soy.
(Despidiéndose de Rafael con coquetería infantil.)
RAFAEL. (Acompañándola.)
¡Adiós, mi bella condesa!
MARÍA. Antes voy al tocador,
porque habrás notado en mí
que falta en mi cuello...
RAFAEL. Sí; una joya...
MARÍA. La mejor.
RAFAEL. ¡Gracias! Después de un momento
iré á admirar tu hermosura;
que no basta á mi ventura
tenerla en el pensamiento.
(Acompañándola hasta el foro izquierda.)

ESCENA IX

EL CONDE, ERNESTO. Salen por la puerta que entraron, el primero en traje de etiqueta, como Ernesto. RAFAEL al foro.

ERNESTO. Yo, más que el retrato, admiro (Con calor.)
aquellas hermosas flores...
CONDE. Tu gusto es de los peores...
Deliras...

ERNESTO. Que no deliro.
CONDE. (Con entusiasmo.)
El retrato es delicado.
¡Qué dibujo y qué color!
ERNESTO. Sobre todo, aquella flor
yema me dejó extasiado...
CONDE. Es cosa más esencial
que la flor el parecido.
ERNESTO. No; porque habiendo tenido
delante el original...
Son dignos de mayor gloria
por su verdad, su belleza,
las flores que en la cabeza
ha pintado de memoria.
CONDE. ¡Hombre, no digas sandeces!
ERNESTO. ¿Qué quiere usted? Así opino
y...
CONDE. Pues lo dicho, sobrino;
una... cátedra mereces.
RAFAEL. (Bajando.)
¿Parece que hay discusión?
CONDE. Este, que saber pretende...
y habla de lo que no entiende,
por vicio ó por afición.
RAFAEL. ¿Pues qué es ello?
CONDE. ¡Nada!...
RAFAEL. (Sonriéndose intencionadamente.)
¿Acaso
ha sido... justo conmigo?
ERNESTO. Siempre lo fuí; yo te digo...
CONDE. Rafael, no le hagas caso.
ERNESTO. Pues hablando con franqueza,
lo que más me ha entusiasmado
son las flores que has pintado
con tanta delicadeza...
Me ha llamado ignorantón
porque no opino como él,
y ya sabes, Rafael,
mi franca y noble opinión.
RAFAEL. Siempre el gusto he respetado
de todo el mundo.
CONDE. Comprendo. (A Rafael.)
¡Ah!... tu juicio, á lo que entiendo, (A Ernesto dándose una palmada en la frente.)
está muy justificado;
pues socio eres, y que vales,

de la llamada, en buen hora,
Gran Sociedad Protectora
de Plantas y de Animales. (En tono burlón.)
Y es tal tu exageración
de protector decidido,
que tú la has defendido
sólo porque flores son.

ERNESTO. ¿Pero has visto, amigo mío,
qué terco en el batallar? (Amoscado y mirando al reloj.)
¡Las diez! Tengo que marchar
y... ¡dispénseme usted, tío!...

CONDE. Pero ¿y el baile?

ERNESTO. Prometo
volver; pero un rato voy
á la Opera.

CONDE. Mas...

ERNESTO. Soy
formal.

CONDE. ¡Ya!

ERNESTO. Y lo que prometo...

CONDE. Sí, muy formal.

ERNESTO. Hasta luégo. (A Rafael.)
(Me rogó una dama, y fuera
descortesía... y pudiera
no repetirse el tal ruego.)
Pronto volveré. Y tú, artista,
¿te quedas?

RAFAEL. Sí.

CONDE. Adiós, señor
decidido protector
de flores. (Riéndose á carcajadas.)

ERNESTO. (Amoscado.) Hasta la vista.
(Vase Ernesto foro derecha; un criado sale con una bandeja, y en ella un telegrama, que entrega al conde, y éste á Rafael, que le abre mientras baja muy pausadamente, cambiando su fisonomía de risueña en seria.)

ESCENA X

EL CONDE y RAFAEL

CONDE. Lee. (Rogándoselo familiarmente.)

RAFAEL. ¿Qué es esto? (Sorprendido.)

CONDE. ¿Qué sucede? (Alarmado.)
RAFAEL. Triste nueva...
CONDE. Estoy temiendo...
RAFAEL. Quizás á tiempo acudiendo,
remediarse un tanto puede.
CONDE. ¿Luego es desdicha?
RAFAEL. Negar
fuera mentir.
CONDE. Habla al punto,
por piedad.
RAFAEL. Es un asunto
quizá aún fácil de arreglar.
CONDE. Pero...
RAFAEL. Cuestión de dinero,
y hay que tomarlo con calma.
Vaya, ensanche usted el alma,
pues verle triste no quiero.
CONDE. Habla, por Dios, Rafael.
(¡Oh, Dios mío! ¿qué será?)
RAFAEL. Mejor que yo lo dirá
y más pronto este papel. (Entregándole el telegrama.)
Lea usted.
CONDE. ¿A ver?
(Acercándolo mucho á los ojos.)
¡Dios mío!
El Banco de...
RAFAEL. Sí; ha quebrado.
CONDE. ¡Si quedo casi arruinado!
¡Pobre hija mía!
RAFAEL. (Abrazándole.) Más brío.
Bien sé que es un golpe fiero,
pero no debe apurarse...
Quizás aún pueda salvarse
gran parte de ese dinero.
Y aunque ocultar yo debía
en esta noche dichosa
la noticia, no era cosa
de perder siquiera un día.
Necesaria es su presencia
allí, dice el telegrama,
y cuando el socio le llama,
es innegable la urgencia.
María y yo variaremos
el rumbo al país del Arte...
que la dicha en cualquier parte

juntos los tres la hallaremos.
CONDE. ¿Qué pretendes? No, por Dios.
Que no turbe su alegría
ni un instante la hija mía,
y quede esto entre los dos.
RAFAEL. Tenga usté en mí confianza.
CONDE. Pero... ¡Dios mío!
RAFAEL. Esto es hecho...
No ahuyente usted de su pecho
la bienhechora esperanza.
CONDE. ¡Siempre una sombra empañó
mis instantes de alegría!
¡Jamás un completo día
feliz mi alma disfrutó!
¡Murió mi querido padre
cuando me uní con mi esposa,
y al nacer María hermosa,
la vida perdió su madre.
A cada grata emoción,
un ¡ay! profundo acompaña.
Parece que en mí se ensaña
una oculta maldición!
RAFAEL. Calme usted su sufrimiento.
Pasos oigo: que el semblante
no delate ni un instante
nuestro triste pensamiento.

ESCENA XI

Dichos. ERNESTO, que llega precipitado por el foro derecha.

ERNESTO. Ya estoy de vuelta.
RAFAEL. Hola, Ernesto.
ERNESTO. ¡Ay! Vengo desesperado...
CONDE. ¿Qué sucede?
RAFAEL. ¿Qué ha pasado?
ERNESTO. Que la tiple se ha indispuesto
y no hay función.
CONDE. ¿Y te apura?
RAFAEL. ¡Ja, ja! Y te saca de quicio...
ERNESTO. Me ocasiona un gran perjuicio,
pues no podré ver á Pura.
CONDE. ¿Quién es Pura?
ERNESTO. (La solté.)

Una linda señorita
parienta de una... Pepita
que no la conoce usté.
¡Tanto afán como tenía,
y adiós, adorado sueño!

RAFAEL. Bien... satisfaces tu empeño...
ERNESTO. ¿Y cómo?
RAFAEL. (Con naturalidad.) Pues otro día.
ERNESTO. Parece que estás de humor.
RAFAEL. En no estarlo mal hiciera.
Dime: si hoy no lo estuviera,
¿cuándo motivo mayor?
Amores, gloria y ventura,
todo bien mi pecho encierra.
ERNESTO. Mira que estás en la tierra.
RAFAEL. ¿Y qué importa, criatura?
ERNESTO. Tú eternamente idealista,
remontándote hasta el Cielo...
RAFAEL. ¡Tú arrastrado por el suelo,
tan niño... y materialista!...
Soy feliz, y vivo en calma,
prefiriendo á la miseria
del afán de la materia
los santos goces del alma.
Y si un mundo me imagino,
mundo hermoso, en mi razón,
gozo, aunque sea ficción,
en ese mundo divino.
CONDE. Eso es hablar y sentir.
ERNESTO. Pues yo tengo mi albedrío,
y conseguí, amado tío,
perfectamente vivir... (Música dentro.)
¡Suena el vals!... ¡Divino instante!
Aquí ya estamos de más.
RAFAEL. Oye. (Deteniéndole.)
ERNESTO. Me entusiasma el vals,
y el rigodón y el...
RAFAEL. (Sonriéndose.) ¡Danzante!
Dame el brazo, y al salón
marchemos.
ERNESTO. Buen pensamiento.
¿Vamos, tío?
CONDE. (Excusándose.) Sí... Al momento.
RAFAEL. Valor y resignación.
(Vanse Rafael y Ernesto del brazo foro izquierda.)

ESCENA XII

EL CONDE solo.

¡Esta noche, que dichoso
era, sin sombra ninguna,
el rigor de la fortuna
hiere con golpe alevoso
felicidad y alegría,
sin tener de mí clemencia!...
¡Ni aún respeta la inocencia
de mi angelical María!
Si el capital se perdió
y de mi hija el porvenir,
¿cómo podrá resistir
la miseria?... Pero no;
gloria, riquezas y honores,
todo cuanto ella merece,
su esposo amante la ofrece
en una vida de amores.
No es la suerte tan cruël.
Mas su rigor deplorara
si de otro hombre se tratara
que no fuese Rafael.
Pero... hay que estudiar el modo
con que se pueda alcanzar
siquiera el dote salvar...
¡Oh, su dote sobre todo!...
¡Huid, crueles temores
que amenguáis mi resistencia!
No sé por qué mi conciencia
siempre ha de soñar horrores.
Es preciso no perder
un momento, ni un instante.
¡Suerte cruel é inconstante,
qué voluble es tu querer!
(Se dirige á la mesa de escritorio y escribe precipitadamente.)

ESCENA XIII

EL CONDE y MARÍA

MARÍA. (Aparece en la puerta del foro; lleva un medallón al cuello pendiente de una cadena; al ver al conde sentado se aproxima de puntillas hasta llegar junto á él.)
(Allí está, voy muy despacio
á sorprenderle)...

CONDE. (Doblando un papel y como afirmando entre sí un pensamiento.) ¡Será!

MARÍA. (Apoyándose en el hombro de su padre y sonriendo.)
Muy preocupado está
el jefe de este palacio.

CONDE. (Sorprendido y guardando el papel.)
¿Quién es?... ¡Ah! ¿Eres tú?

MARÍA. Yo soy...
¿No te alegra la visita?

CONDE. ¿Alegrarme?

MARÍA. (Con tristeza.) Si te irrita...

CONDE. ¿Irritarme?...

MARÍA. Ya me voy.

CONDE. ¡Espera!

MARÍA. ¿Estás alterado?

CONDE. ¿Yo? No... (Disimulando.)

MARÍA. (Con cariño.) ¿Qué es lo que te pasa?

CONDE. Nada.

MARÍA. ¡La frente te abrasa,
tu entrecejo está arrugado!...
Pero ¡calla! ya comprendo
la causa de tu dolor...

CONDE. Si no existe...

MARÍA. Sí señor...
¿Tú crees que no te entiendo?
¿Piensas que he de abandonarte
y que te daré al olvido?...
Juro no dejar el nido
donde he aprendido á amarte.
No me creas tan cruël;
aleja ese sentimiento
del corazón, y el contento
reine sin reserva en él.

Al verte triste, suspiro
con pena, en mí se refleja
tu dolor, y hasta me aqueja
el aliento que respiro.

CONDE. Te afliges, y no hay razón
para afligirte, alma mía.

MARÍA. Bien á tu boca podría
engañarle el corazón...

CONDE. ¿Dudas acaso un instante
de tu padre que te adora?

MARÍA. ¡Es que nunca vi hasta ahora
tanta pena en tu semblante!...
Pero, en fin, en este día
no quiero mirarte triste.

CONDE. (¡Sí, disimula y resiste
mi dolor... ¡pobre alma mía!)
Desecha tal pensamiento
de ti, que á enojarme voy
contigo; ¿no ves que estoy
rebosando de contento?
(Queriendo parecer alegre.)
Tu juventud te hizo ver
en el rostro de este viejo
penas, porque es mal espejo
mi rostro para el placer.

MARÍA. En él me miro gozosa,
y ahora está cual yo deseo.
Si siempre alegre le veo,
siempre me verá él gozosa. (Abrazándole.)

CONDE. (Pequeña pausa.)
¿Qué es esto? ¡Qué reservada! (Al ver el medallón que lleva María al cuello.)

MARÍA. (Con coquetería infantil.)
Esta es la sorpresa aquélla
de que te hablé.

CONDE. (Fijándose, sin acercarse.)
¡Y es muy bella!

MARÍA. Linda joya cincelada
que guarda la imagen fiel
de la madre de mi esposo.
Su rostro es tan bondadoso
como el de mi Rafael.
¡Mira!...

CONDE. (Fijándose más en el retrato.)
¡Hermosa miniatura!
(¡Pero, Dios santo, qué miro!

¡Ese rostro!... ¡Yo deliro!...
¡No puede ser... qué locura!)

MARÍA. Veo que te ha sorprendido.

CONDE. (Disimulando.)
¿Y cómo no sorprender
la imagen de una mujer
tan hermosa? (El parecido
es fiel... ¡No puedo mirar
ese rostro sin espanto!
(Apartando su vista del retrato.)
¡Ojos, detened el llanto,
porque no quiero llorar!)

MARÍA. ¡Qué semblante! ¡Al contemplarle,
al par que infunde respeto,
un misterioso y secreto
poder me obliga á adorarle! (Contemplando con alegría el medallón.) (Rápido hasta el final.)

CONDE. (¡La que seduje vilmente
ser madre de Rafael!
¡Fuera castigo cruël
para un ángel inocente!)...
¿A ver? (Avido de cerciorarse; con creciente agitación y queriendo aparecer alegre ante María y entusiasmado por la belleza artística de la joya.)

MARÍA. ¿Te agrada?...

CONDE. ¡Infinito!
(¡Es ella... no hay que dudar!)

MARÍA. ¡Pues á la fiesta! (Corriendo hacia el espejo de la izquierda, donde consulta su tocado mientras el conde dice los últimos versos en el mayor desconsuelo.)

CONDE. ¡A gozar!
(¡Me horroriza mi delito!
De tu furor los destellos,
¡oh Cielo, á sufrir me obligo!
¿Quieres castigo?... ¡Castigo;
pero á mí sólo, no á ellos!) (María se dirige al conde, éste la ofrece el brazo, procurando serenarse, y se disponen á marchar por el foro.—Música dentro.)

Telón rápido.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO, escribiendo.

(Momentos de silencio.)
Ya está redactado el suelto;
veamos cómo me explico:
«Ayer se efectuó el enlace
(Leyendo con afectación.)
de nuestro especial amigo
Rafael Salcedo y Ruiz,
joven pintor distinguido,
con la preciosa hija única
del conde de Alba y Rastrillo.
La hermosura y el talento,
por todos reconocido,
de tan bella señorita,
serán un justo motivo
para labrar la ventura
de su esposo. Hoy á las cinco
para Suiza y Alemania
los esposos han partido;
después pasarán á Italia;
les deseamos»... ¡Bravísimo!
(Interrumpiéndose con entusiasmo.)
¡Oh, soy un gran periodista;
lacónico y expresivo! (Llama con un timbre.)

ESCENA II

ERNESTO, CRIADO

ERNESTO. Para *La Correspondencia de España.*
CRIADO. Voy en un brinco.
ERNESTO. Volando.
CRIADO. (Volviendo.) ¡Ah, tengo una carta
que para usted han traído! (Dándosela.)
ERNESTO. Está bien.
(La toma, y la deja con indiferencia encima de la mesa.)
CRIADO. Tome usted.
ERNESTO. Corre.
CRIADO. Voy volando, señorito. (Vase puerta foro.)

ESCENA III

ERNESTO

Ahora, un rato de descanso.
(Acomodándose bien en el asiento.)
Fumemos un cigarrillo. (Enciende uno.)
Ayer, Rafael tan solo
era mi mejor amigo...
mas la santa bendición
que del cura ha recibido
le convirtió en un instante
en yerno, en esposo y primo.
¡Lo que va de ayer á hoy!
En su interior se habrá dicho;
y si él esto no ha pensado,
yo lo pienso y yo lo digo.
En fin, yo paso un buen rato
y de lo demás me río.
¡Oh! ¡Y el baile está animado!
¡Qué alegría y qué atractivos!
¡Qué bella está la marquesa...

y qué aire tan distinguido!...
¡Qué mujer! Al contemplarla,
casi comprendo el suicidio
moral... vulgo casamiento.
Y yo... tengo algún partido
con ella... ¿Y la brigadiera?
¡Qué rostro tan expresivo!
Y aunque es un poco... jamona...
En fin, mientras su marido,
hablando de la Ordenanza
se entusiasma el pobrecillo,
y me cuenta... y yo le aplaudo...
me mira ella y yo la miro...
Pues ¿y Mercedes? ¿Y Luisa?
¿Y la duquesa?... ¡Bendito
mundo!... Si yo por ventura
fuera un hombre sin sentido,
de ésos que desacreditan,
por maldad ó por capricho,
á las inocentes víctimas
que á su ingenio se han rendido,
refiriendo á todo el mundo
mis lances, Dios es testigo
de que mi fama en Madrid
de amante favorecido
volaría presurosa
por paseos y casinos...
Pero soy muy reservado,
y solamente les digo,
con reservas, por supuesto,
mis lances á mis amigos.
Para obtener los favores
de la mujer, es preciso (En tono sentencioso.)
ser formalote y prudente
como yo, y obrar con tino.
Que se hunda Madrid entero,
pero que no se oiga el ruido...
¡Calla, ya no me acordaba
(Fijándose en la carta que le entregó el criado.)
de este pobre papelito!..
En fin, te llegó la hora;
perdona mi injusto olvido,
¡oh misiva misteriosa,
mensajera de algún... *lío!*
¿De quién será?
(Abriéndola, mira la firma y dice con indiferencia.)

¡De Mercedes!...
¿Me escribe?... Tiempo perdido. (Leyendo.)
«Mi nunca olvidado Ernesto:
Estoy enferma...» Lo mismo
que siempre... «Y avergonzada
de mi deshonra...» Angel mío,
pero ¿por qué no me olvidas,
lo mismo que yo te olvido?
¡Siempre las mismas simplezas!
«¡No puedo vivir!»
(Vuelve la hoja y cae al suelo un manojo de billetes de Banco.)
¿Qué miro?
Me devuelve los billetes
que la envié... Bien venidos;
pues los rechaza tu orgullo,
los recogen mis bolsillos.
¡Oh, sea usted generoso!...
¡Qué ingratitud!... Está visto;
no tendrá ni pan, ni ropa...
pero lo que es orgullito...
¿Y por qué me escribe?... Pero...
bien pensado, es muy indigno
mi proceder... ¡Pobre chica!...
¡Me tiene tanto cariño!... (Con fatuidad.)

ESCENA IV

ERNESTO y RAFAEL

RAFAEL. ¡Hola! ¿Qué haces aquí solo?
ERNESTO. Fumando...
RAFAEL. (Sentándose.) Vengo á lo mismo.
ERNESTO. ¿Qué tal te encuentras? (Con malicia.)
RAFAEL. Muy bien...
ERNESTO. Y feliz, según colijo
por lo alegre de tu rostro.
RAFAEL. ¡Ay, Ernesto queridísimo!
El mundo se ha transformado
para mí en un Paraíso.
ERNESTO. ¡Siempre igual!
RAFAEL. Faltó á mi dicha

lo que en éxtasis divino
soñé: ¡amor puro!, y mis sueños
hoy realizados los miro...
Ya ves, para estar alegre,
si tengo justos motivos.

ERNESTO. Pues si yo sueño placeres,
disgustos seguros, chico.

RAFAEL. ¿Tú disgustos? (Riéndose.)

ERNESTO. ¡Sí, disgustos, (Compungido.)
aburrimiento y hastío!
Esta noche, que creía
gozar alegre y tranquilo,
he recibido una carta
importuna... ¡Si he nacido
para ser paño de lágrimas!
Y á mi edad es inaudito...

RAFAEL. Pero ¿qué te pasa, hombre?
Tu situación no me explico.
Siempre tan... jovial y alegre,
y estás hoy tan compungido...

ERNESTO. ¡Ja, ja!... Soy un mentecato.

RAFAEL. Basta que tú lo hayas dicho.

ERNESTO. Debilidad de un instante;
que si estoy desconocido,
este papel fué la causa.

RAFAEL. ¡Ah! (Sonriendo.)

ERNESTO. Tómale, amigo mío,
y verás cuatro simplezas
de un corazón afligido.
Lee y pasemos el rato...

RAFAEL. ¡Pobrecilla! ya adivino...

ERNESTO. Es aquélla de Valencia...

RAFAEL. (Leyendo.) «¡Ernesto, por nuestro hijo!...»
«¡Sufro tanto!»... Toma.
(Devolviéndole la carta con disgusto.)

ERNESTO. Lee.

RAFAEL. Ernesto, ya la he leído.
Jamás creyera que fueras
más que un... niño, sólo un niño;
pero me prueba esta carta
que eres... mas no te lo digo,
porque, aunque justo, sería
fuerte el calificativo.

ERNESTO. ¿Que yo soy un calavera?
Si eso muchos me lo han dicho.
Dicen que tengo un carácter

despreocupado, que vivo
de prisa; mas no me ofende;
sigo la marcha del siglo.
(Durante el diálogo, Ernesto rompe la carta y se entretiene en hacer pajaritas de papel.)

RAFAEL. ¡Qué defectuosas ideas!
No seas, Ernesto, niño.
(Reconviniéndole cariñosamente.)
Crimen es de los mayores,
imperdonable delito
tu acción... Piensa en esa joven,
que llora su honor perdido,
que es honrada y tiene padres
pobres, viejos y abatidos...
Puede que sientas un día
en tu corazón un grito
de remordimiento!...

ERNESTO. (Interrumpiéndole con burla.) Y puede
que me lleven al suplicio...
¿Quién piensa en el porvenir?...
El presente, amigo mío.
Si ya sabes mi opinión...

RAFAEL. Con tu opinión no transijo.
Hombres honrados é infames
los hubo en todos los siglos,
es verdad; pero ¿por qué
pudiendo ser de los dignos,
te aferras en separarte,
Ernesto, del buen camino?
Que son falsas tus creencias
puedo probarte.

ERNESTO. Yo afirmo...

RAFAEL. Oye y contesta. Si infame,
abusando del cariño
de María, en vez de hacerla
mi esposa, hubiera traído
yo el deshonor á esta casa,
¿qué pensaras?

ERNESTO. ¿Yo?... (Confundido.)

RAFAEL. De fijo
reparación exigierais
todos... hasta tú...

ERNESTO. Es distinto...

RAFAEL. Es igual.

ERNESTO. No discutamos.

RAFAEL. ¡Me hace gracia tu egoísmo!...

ERNESTO. ¡Tienes razón; pero calla!
RAFAEL. Ernesto, te lo suplico.
¡Ya que el crimen cometiste,
sabe al menos redimirlo!

ESCENA V

Dichos, EL CONDE, que aparece en el foro derecha. Oyense los preludios de un rigodón.

ERNESTO. (A Rafael.) Te dejo y voy al salón;
tengo ganas de bailar,
y oigo con placer sonar
incitante rigodón. (Vase foro izquierda.)
RAFAEL. Adiós.
CONDE. (Bajando y yendo á Rafael.)
¿Estás aquí?
RAFAEL. ¡Oh!...
Perdone usted si he faltado...
CONDE. Siempre se halla perdonado
quien falta no cometió.
Quizás implore perdón
esta noche un pobre loco...
Puede que dentro de poco
merezca yo compasión.
RAFAEL. ¿Usted, padre de María,
compasión?... No le comprendo...
CONDE. Yo, que alejarse estoy viendo
de mí dichas y alegrías...
(Aparte.) (No puedo estar un momento
solo.)
RAFAEL. (Aparte.) (Sigue impresionado
por su ruina.) ¡Padre amado!
(Estrechándole las manos.)
Vulgar acontecimiento
es perder un capital
que tiene sustitución.
El perder la estimación...
ése fuera mayor mal.
¿Vino la ruina?... Paciencia...
¡A tener miedo á la suerte,
cuántas veces á la muerte

le pidiera yo clemencia!
Mas con ella batallé
y en la lucha no cedí;
pues lo que en un día perdí
otro día lo gané.
Y no sólo capitales
vi en peligro más de un día.
¡La envidia hurtarme quería
reputación y caudales!...
Pero con fe y entereza,
que siempre he tenido mucha,
supe salvar en la lucha
laureles, nombre y riqueza.
Con dicha y fortuna en pos,
nada habrá que nos aflija:
yo idolatrando á su hija,
y usted amando á los dos.

CONDE. ¡Cuadro de dichas y amores,
pero de imaginación!...
¡Si lo irradia el corazón,
lo nublan negros vapores!...
(Pero, mente, ¿por qué estás
dando fe á mi pensamiento?
No adelantes el tormento,
que ya me atormentarás.)

RAFAEL. ¡Señor, está usted agitado!...

CONDE. ¿Concibes que un pobre viejo,
y no creas que me quejo
sin un motivo fundado,
que no tiene otro cariño
que el de su hija idolatrada,
que le adora y que es amada
con la ceguedad de un niño,
puede imaginar tan sólo
que amor y dicha perdiera
esa niña... lo cual fuera
doble infamia y doble dolo?

RAFAEL. ¿Por qué la dicha perdida?

CONDE. No te enoje tanto afán, (Rápido.)
que ella fué el potente imán
que atrajo hácia sí mi vida.
No te extrañe ni te asombre
que tales fantasmas vea...
que dude, vacile y crea,
y que sea niño y hombre!...

RAFAEL. No consigo adivinar...

CONDE. (¿Por qué callas, corazón?)
(Breve pausa, en que lucha y busca forma de decidirse á interrogar sobre el pasado á Rafael.)
Oye; ¡paternal pasión
quiere decir... más que amar!...
¿Tú... el cariño has conocido
de padres que te han amado?...

RAFAEL. ¡Dulce amor idolatrado,
que ha tiempo lloro perdido!

CONDE. Y... ¿amaste mucho á tu madre?
(En todo este interrogatorio el conde procura dominar su agitación y disimular su interés, marcando la intención en las frases que lo exigen.)

RAFAEL. ¡Con toda el alma! (Con entusiasmo.)

CONDE. ¡Bien hecho!
¡Y sentiría tu pecho
igual amor por tu padre!...

RAFAEL. ¿Lo duda?... (Algo contrariado.)

CONDE. (Interrumpiéndole vivamente.)
No, no te asombre;
jamás dudé que le amaras;
pues tan sólo así pagaras
á quien te dió vida y... nombre.

RAFAEL. No comprendo, á la verdad,
tal pregunta...

CONDE. (Ocultando su ansiedad.)
Ya se ve...

RAFAEL. Ese afán.

CONDE. (Con rapidez.) ¡Afán de qué!
(Sonriente.)
(¡Oh me mata la ansiedad!
¡Viéndote ante mí se amengua
mi valor, saber ansío...
quiero hablar, y á pesar mío,
no se atreve á hablar mi lengua!)
(A Rafael.) (Transición.)
Mas ¡qué cabeza la mía!
un detalle di al olvido
y voy... Estoy aturdido...
Me trastorna la alegría.
(Vase precipitadamente por el lado contrario al que salga María, ó sea por el foro derecha.)

ESCENA VI

RAFAEL y MARÍA, que aparece por el foro izquierda, al terminar de decir la última redondilla de su monólogo Rafael, y mira por el lado que se fué el conde, como siguiendo con la vista á dicho personaje.

RAFAEL. Disimula una aflicción
que á comprenderla no acierto.
Trémulo, lloroso, incierto,
le delata su emoción.
(Aparece María.)
¿Tanto pudo impresionarle
el azar de la fortuna,
que no haya cosa ninguna
que consiga consolarle?
¡Tan inmenso es su cariño
por su hija, la adora tanto,
que no es extraño que el llanto
vierta lo mismo que un niño.

MARÍA. (Yendo hacia él.) Rafael, largos instantes
haces tu vuelta aguardar.
Pero tendrás que arreglar
asuntos muy importantes,
y quizá llegue importuna
á interrumpir... y lo siento.

RAFAEL. No oculta mi pensamiento
para ti cosa ninguna.
Mas no he podido evitar,
María, mi dilación
en retornar al salón
tu hermosura á contemplar.
Que aunque la llevo grabada
en mi corazón amante,
no está alegre mi semblante
sin la luz de tu mirada.

MARÍA. Basta de satisfacciones...
Yo quejas no quiero darte,
pues no pretendo injuriarte
con necias suposiciones.
(Música dentro.)

Pero vamos al salón,
que oigo del vals la armonía...

RAFAEL. (Haciéndola sentar á su lado.)
Más dulce es, hermosa mía,
el latir del corazón;
escuchar el argentino
timbre de tu voz bendita
y el suave aliento que agita
ese seno alabastrino.

MARÍA. ¡Sueños que halagan el alma!
¡suprema felicidad!...
Mas ¡ay! que la tempestad
sigue en acecho á la calma.

RAFAEL. Es noble y tranquilo el mar
en el que alegres bogamos.

MARÍA. Dicha que tanto adoramos,
¡ay! si llegase á faltar...
Y me siento tan cobarde...
¡no sé qué presentimiento!...

RAFAEL. ¿Dudaste acaso un momento
del amor que en mi pecho arde?

MARÍA. ¿Dudar?... Ofensa sería
que jamás me perdonara.
Si un día de ti dudara,
la duda me mataría.

RAFAEL. Si la tristeza empañara
la clara luz de tus ojos,
y de dolor, sólo antojos,
en ellos adivinara,
fuera tanta mi aflicción,
tan inmenso mi pesar,
que no pudiera acallar
el llanto del corazón!...
Pero ¡qué necia locura!
¿á qué tales pensamientos?
Huyan los presentimientos
que turban nuestra ventura.
En estas horas divinas,
el poder de los amores
nos haga ver todo flores,
pero flores sin espinas.
(Salen por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

EL CONDE por el foro derecha, viéndoles marchar.

¡Los suspiros amantes de tu pecho
estremecen tu seno puro y casto,
como la blanca espuma de los mares
se agita de la brisa al soplo blando!...
¡Quiera Dios, hija mía, que tus ojos,
iluminados por el fuego sacro
de un amor que soñaste venturosa,
no se empañen jamás por triste llanto!
Gozad, gozad... mientras el pecho mío
desahoga su dolor ¡dolor amargo!
¡Recuerdo que creía mi memoria
estar en sueño eterno sepultado;
de improviso encendiste el pensamiento
al azotar mi vista ese retrato,
y al despertar, el alma me atormentas
con el vigor que te prestó el descanso! (Pausa.)
Es preciso indagar... Pero si ciertos
resultan mis temores indagando,
matará la ventura de dos seres (Cesa la música.)
una sola palabra de mis labios...
Y... ¿cómo convertirme yo en verdugo
de esos seres queridos que idolatro?...
¿Cómo mirar la cólera del uno
en sus ojos mezclada con el llanto,
y en el otro la pena, el sufrimiento,
su hermosura y su vista marchitando?
¡Oh tempestad que en mi cerebro ruges!
Pues que el trueno estalló, ¿dónde está el rayo?
(En la mayor desesperación y dirigiéndose á la mesa de escritorio con intención de abrir un cajón; pero al oir la voz de Rafael procura serenarse, no lo bastante para que pase desapercibida á Rafael la excitación del conde.)

ESCENA VIII

EL CONDE y RAFAEL.

RAFAEL. ¿Qué sucede?...
CONDE. ¿Dónde vas?...
RAFAEL. Tiene usted desencajada
la faz, triste la mirada,
cual no se la vi jamás.
CONDE. ¡Ay, Rafael! (*Sin poder contener su emoción.*
RAFAEL. Esa emoción
no comprendo... ¡Y es extraña!...
CONDE. Yo sí; que al brotar me daña
las fibras del corazón.
Una horrible desventura,
y tan horrible, presiento,
que nubla mi pensamiento
con celajes de amargura.
RAFAEL. Dígame usted lo que pasa;
todo lo quiero saber. (*Con energía.*)
CONDE. (¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?
¡La duda el alma me abrasa!
(*Un momento lucha con sus ideas, y dice resueltamente.*)
¡Basta de vacilación,
que el tormento me encadena!
¡Huya ó aumente la pena
que me oprime el corazón!)
Una pregunta te haré;
y por el ser que más quiero
te suplico que sincero
me seas.
RAFAEL. Sí lo seré. (*Con resolución.*)
CONDE. El retrato que María
esta noche me ha mostrado,
obra de arte, que has guardado
en marco de pedrería,
¿es, en verdad, de tu madre?
RAFAEL. Por la que mi pecho aún gime.
CONDE. Y el nombre que llevas, dime,
¿es el nombre de tu padre?...

RAFAEL. Esa pregunta... (Turbado.)
CONDE. Contesta... (Con interés creciente.)
RAFAEL. ¿Y qué podré yo decir?
CONDE. La verdad.
RAFAEL. No sé mentir.
CONDE. Te exijo franca respuesta.
RAFAEL. Tenaz empeño.
CONDE. Habla.
RAFAEL. ¡Oh!
CONDE. ¿Qué dices?
RAFAEL. Aunque le asombre...
CONDE. ¡Qué!
RAFAEL. ¡Que me negó su nombre
el padre que me engendró!...
(Haciendo un esfuerzo supremo y viéndose obligado á llevar á efecto su declaración.)
CONDE. ¡Horror! (Cubriéndose el rostro con las manos.)
RAFAEL. Mi madre inocente
fué vilmente seducida,
y yo sellé con mi vida
el deshonor en su frente!...
Mas no pudo su deshonra
manchar su virtud, su nombre,
pues si honra le robó un hombre...
otro le dió amor y honra...
Se unió á ella con santos lazos,
porque de veras la amaba...
Vió que mi madre lloraba
y la estrechó entre sus brazos...
CONDE. No, Rafael; me has engañado...
RAFAEL. Debo á la casualidad
el saber esa verdad
que mis dichas ha amargado.
Un día, yo era muy niño;
mi oído indiscreto oyó
al hombre aquél, que me dió
amparo, nombre y cariño,
que le decía á mi madre,
que extasiada le escuchaba,
que ciegamente me amaba
como si fuera mi padre...
Tan triste revelación
grabada quedó en mi mente,
de niño, de adolescente...
¡y aún me oprime el corazón!
Pasó el tiempo: muerte fiera

me arrebató á tan buen padre...
y pronto enfermó mi madre,
cual si seguirle quisiera...
La vida le abandonaba;
y yo, tenaz é indiscreto,
le pedía aquel secreto
que mi origen aclaraba.
¡Y ella, agonizante, inerte,
me miraba y sonreía,
y los brazos nos tendía,
uno á mí y otro á la muerte!
Yo insistía, ella callaba...
¡Oh! ¡qué terrible momento!..
Iba perdiendo su aliento,
y yo mi aliento le daba.
«¡Madre, por tu salvación...!»
prorrumpí deshecho en llanto,
dijo un nombre... y el espanto
ahogó su respiración.
¡Por mitad calmó mi anhelo
tan loco como profundo;
su espíritu huyó del mundo
y abrió sus puertas el Cielo!...
Ya queda usted complacido:
más franqueza en mí no cabe,
dije... ¡lo que nadie sabe!...
Creo que sincero he sido.

CONDE. ¿Por qué el secreto has callado?

RAFAEL. Por mi madre, que respeto;
que es muy amargo el secreto,
señor, para publicado. (Con amargura.)

CONDE. Y... si encontraras á ese... hombre,
¿qué harías?

RAFAEL. (Con desconsuelo.) Sólo mi afán
supo su nombre... ¡Julián!...

CONDE. (¡Oh! sí; mi supuesto nombre.)
Pero si tal sucediera...
¿qué hicieras?...

RAFAEL. (Con indiferencia.) Le perdonara.
Dije mal, le despreciara,
no mirándole siquiera.

CONDE. ¿Y si él llorara su culpa,
á tus pies arrepentido?

RAFAEL. El no haberla cometido
fuera su mejor disculpa.

CONDE. Mira que caer podría,

la culpa del delincuente,
en una niña inocente,
bella como mi María...
RAFAEL. Pero es extraño...
CONDE. (¡Ay de mí!)
RAFAEL. ¿Sabe usté acaso?...
(Con sorpresa y ansiedad reconcentrada.)
CONDE. Quizá...
RAFAEL. ¿Y quién es? ¿En dónde está?
CONDE. Muy cerca.
RAFAEL. ¿Cerca?
CONDE. Está aquí.
RAFAEL. Conocerle fuera fuerte...
No quiero aprender á odiar.
CONDE. No, Rafael: hay que hablar,
aunque el hablar sea muerte.
Quizás... ese tu enemigo,
por borrar su villanía,
su conciencia mataría
para matar el castigo...
Y no la puede borrar...
¡Te quiere más que á su vida,
y ama á tu esposa querida
cual tú la puedes amar!...
(Desde este instante empieza á levantarse la escena convenientemente, para dar colorido á las transiciones por parte de ambos personajes, hasta llegar al punto culminante de la situación.)
RAFAEL. Esa emoción, ese llanto...
¡qué amargo presentimiento!...
¡Huye, horrible pensamiento,
que al concebirte me espanto!
¡Pero si fuera! ¡qué horror!...
Hable usted, porque en mi mente
se agita un volcán hirviente
y me abrasa su calor.
¿Quién es?...
CONDE. (¡Oh fatalidad!)...
RAFAEL. Comprenda usted mi tormento.
CONDE. Una palabra, un acento,
mata tu felicidad.
RAFAEL. Sólo el poder concebir
que tal suceder pudiera,
dolor más intenso fuera
que el más horrible sufrir.
Hable usted. (Imperiosamente.)

CONDE. (Resuelto.) Sí, ya es preciso,
aunque me mate el dolor.
RAFAEL. ¿Quién es ese hombre, señor?
CONDE. Aquí le tienes sumiso.
(Queda abatido á los pies de Rafael.)
RAFAEL. ¿Usted?... ¡No!... por caridad.
(Con el mayor estupor y no creyendo realidad lo que ve ni lo que oye, cuyos detalles se dejan encomendados al talento del actor.)
¡Dígame usted que deliro!...
¡Que es mentira lo que miro,
que lo que oigo no es verdad!...
¡Que es sueño, sombra, ilusión
lo que por mi mente pasa;
porque siento que se abrasa
en mi pecho el corazón!
CONDE. Descarga en mí tus enojos.
RAFAEL. ¡Oh!... no humille usted su frente,
que ciega un volcán hirviente
las pupilas de mis ojos!
Hable usted... ¿Tiembla?
CONDE. (En la mayor confusión.) ¡Yo... sí!...
RAFAEL. ¡Cierto, es un crimen maldito!...
CONDE. ¡Perdón!...
RAFAEL. ¡Pues veo el delito
acobardado ante mí! (Pausa.)
Al mirar tanta emoción, (Reconcentrado.)
y en el semblante el espanto;
al ver lavar con el llanto
la mancha de su traición...
¡Oh! bien pudiera pasar,
que al verle á usted, cara á cara,
mi rencor le perdonara...
¡aunque no es poco alcanzar!...
Mas siendo sólo mi padre,
yo calmara mi querella...
¡Sólo mío, no de ella!...
¿Lo entiende usted?...
CONDE. (Suplicante.) ¡Por tu madre!
RAFAEL. ¿Y he de decir á María:
Yo, tu esposo, soy tu hermano?
¡Horror!...
CONDE. (Levantándose.) No; fuera inhumano.
RAFAEL. ¡Es verdad!
CONDE. ¡Funesto día!
RAFAEL. Tal idea, con furor

me desgarra el pensamiento
y aniquila el sentimiento
despedazando mi amor.

CONDE. Huya el llanto de tus ojos...
calla, que llega María...

RAFAEL. ¡Imposible!

CONDE. ¡Un solo día
de silencio!...

RAFAEL. ¡No!

CONDE. De hinojos
te lo ruego, Rafael...
¡No amargues con tus furores
el cielo de sus amores
con un infierno de hiel!
¡Te lo suplico!

RAFAEL. ¿Qué hacer?...

CONDE. Un día para pensar,
quizá nos pueda salvar...
¡Calla!

RAFAEL. ¡Horrible padecer!...
¿Por qué, Cielo, has permitido
tal desdicha, tanto duelo?
Madre, ¿por qué desde el Cielo
me das tan pronto al olvido?

ESCENA IX

Dichos y MARÍA, sonriente y alegre.

MARÍA. Os encuentro por fin; con los amigos
ya quedó vuestra ausencia disculpada,
y al terminar la fiesta he despedido
á todos los que honraron esta casa.

RAFAEL. (Sin poder contener su dolor.)
Aún falta despedir, y para siempre,
el ideal del alma enamorada.

MARÍA. (Con asombro que va en aumento.)
¿Qué dices?

CONDE. (¡Rafael!)

MARÍA. Padre adorado,
¿qué sucede?

RAFAEL. ¡María!...
CONDE. (¡Calla! ¡calla!
Por su amor... Por su vida... Por tu madre.)
RAFAEL. (¡Oh, Cadenas de hierro!...)
CONDE. (Hasta mañana...
Respeta su inocencia.)
RAFAEL. Un grave asunto...
(A María, esforzándose por disimular.)
Una nueva fatal, inesperada,
forzosa hace mi ausencia en este instante.
MARÍA. Padre mío, ¿no escuchas que se marcha?
CONDE. Es preciso, María. (Con rapidez.)
MARÍA. Pues ¿qué triste
novedad?
RAFAEL. Sí; tan triste y tan infausta,
que agolpa los pesares á mi pecho
y la ansiedad el corazón me daña.
MARÍA. Padre mío, habla tú. Saber deseo
qué sucede.
CONDE. Hija mía, no.
MARÍA. ¿Qué pasa?
¿No veis que el llanto mis pupilas ciega
y vuestras penas ahogan mi garganta?
RAFAEL. ¡El ardiente rocío de las penas
(Estrechando con pasión á María.)
¡ay! no empañe el fulgor de tu mirada!
¡Por evitar el llanto de tus ojos,
en pedazos el alma me arrancara!...
MARÍA. ¿Qué es ese fuego que en tus ojos brilla?
¿Ese mirar fatídico que espanta?
RAFAEL. ¡El volcán del furor que desbordado
se apresura á arrojar sus llamaradas;
pero al ver tu inocencia, retrocede
al fondo del cerebro y allí estalla!
(Desprendiéndose de los brazos de María.)
¡Adiós!
MARÍA. ¡Por compasión!... (A Rafael.)
CONDE. Márchate pronto.
MARÍA. ¡Oh! suplicio terrible. (Apoyándose en un sillón para no caer desvanecida.)
CONDE. (¡Noche aciaga!...)
RAFAEL. (¡Pena del corazón, sube á mis ojos!
¡Tempestad del cerebro, el dique salta!
¡Lágrimas mías, fuego de mi mente,
Consumid esta pena que me mata!
(Sale desesperado por el foro derecha.)

MARÍA. (Corriendo á él.) (Rápido hasta el final.)
¡Rafael!

CONDE. ¡Oh! detente. ¡Hija querida,
ven á mis brazos!

MARÍA. (Arrojándose en brazos del conde llorando.)
¡Ay! padre del alma,
dame tu corazón, que me han robado
el mío, asesinando mi esperanza!
(Quedan abrazados.)

Telón rápido.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

Gabinete elegante, con puerta al foro y laterales: á la derecha, en pimer término, mesa con recado de escribir. Muebles y colgaduras de buen gusto.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE

Se pasea inquieto y pensativo con un papel en la mano, parándose varias veces, y acercándolo y retirándolo á su vista con agitación y dolor.

Este acusador papel
leo sin cesar, sin calma,
aunque martiriza mi alma
con su acusación cruel...
¡Y en tanto pasan los días
sin un medio salvador,
y son horas de dolor
las que soñé de alegrías!
¡Y contemplo con espanto
el gemir quedo, muy quedo,
del ángel mío, y no puedo
enjugar su amargo llanto!...
(Breve pausa, durante la cual vuelve á fijar su vista en el papel que tenía en la mano: duda, pero una fuerza irresistible le obliga á leer los siguientes versos.)

«Mató usted la honra querida
»de mi madre idolatrada,
»mi amor... mi dicha soñada,
»y yo maldigo mi vida!
»Si María sollozando
»se quejase de mi olvido,
»dígale usted quién ha sido
»el autor de tan nefando
»delito; quién me engendró,
»cuál debía ser mi nombre...
»y así sabrá, aunque le asombre,
»¡quién es usted y quién yo!»...
(Aparta de su vista el papel y lo arroja sobre la mesa.)
¡Oh, quién pudiera pensar
que aquella maldita hora
de... infamia, que el alma llora,
tal fruto pudiera dar!...
¡Venga á mí la penitencia,
para mí solo el martirio!...
Mi hija se acerca. ¡Dios mío!...
(Mirando á la izquierda, primer término.)
¡El esquivar su presencia
es mi tormento, mi cruz;
que huyo de su paso al ruido,
como corzo perseguido,
cual la sombra de la luz!
(Vase precipitadamente por la derecha.)

ESCENA II

MARÍA y JUANA.

Salen por la primera izquierda, María apoyada ligeramente sobre el hombro de Juana.

MARÍA. ¿Tal crees? (Yendo á sentarse junto á la mesa.)
JUANA. Pues claro está. (Animándola.)
¿A qué perder la esperanza?
MARÍA. ¡Te ciega la confianza;
se fué y ya no volverá!
Algo grave sucedió

que adivinar no he logrado;
quedó mi padre angustiado,
y él llorando se alejó.
Mi dicha sentí perder,
en aquel triste momento
que atónito el pensamiento
no lo acierta á comprender.
Un grave asunto, decía
llorando, que le alejaba
de mí, y cuando me miraba,
en sus ojos yo veía
mezcla de pena y furor...
Llanto y... fuego que, mezclado,
daba á su rostro angustiado
cierto aspecto de terror.
Y entre rudas agonías,
y llorando y maldiciendo,
se marchó, Juana, y sufriendo
estoy hace ya tres días.
¡Y su abandono me espanta,
y el dolor hiere mi vida,
y falta, Juana querida,
el aliento á mi garganta!
¡Y aunque gime el corazón
por tan extraña falsía.
yo no quiero, Juana mía,
comprender tanta traición!...

JUANA. Pero, hija, por caridad,
no te exaltes tanto y tanto...

MARÍA. ¡Ay!... ¡Juana!...

JUANA. Enjuga tu llanto;
calma, por Dios, tu ansiedad.

MARÍA. ¡Mi ansiedad!... ¡Fuera preciso
para recobrar la calma,
que devolvieran al alma
su perdido paraíso!...
¿Por qué me hicieron soñar
en panorama divino,
si todo fué un torbellino
de fantástico girar?
¡Vértigo de la razón,
locura del pensamiento,
embriaguez del sentimiento,
nostalgia del corazón!
¡Ay! Juana, sólo ante ti
desahogo el dolor cruel

que me hiere... ¿qué papel
(Fijándose en la carta que dejó el conde en la mesa.
es éste? (Reconociendo la letra de Rafael con alegría.)
¡Su letra, sí!...
Una carta dirigida
á mi padre. ¿Qué dirá?
¿Acaso aquí explicará
la causa de su partida?...
¡Oh! yo la puedo leer...
Cálmese, al fin, mi tormento.
Veamos... pero ¡qué intento!
Dios mío, ¿qué voy á hacer?
Nunca tal indiscreción
creí que yo imaginara...
y tal acción condenara,
á cometer tal acción.
Yo no la debo leer.
Pero... Mi padre querido
me dirá su contenido,
si yo lo debo saber.

JUANA. ¡Mírale!
(Indicando al conde, que sale por la segunda derecha.)

MARÍA. ¡Oh, qué alegría!
(Procurando serenarse, y saliendo al encuentro del conde.)

ESCENA III

Dichas, EL CONDE

MARÍA. ¡Padre mío! (Abrazándole.)

CONDE. ¡Angel amado! (Idem.)
¡Pálida estás; demudado
tu rostro!... (¡Pobre hija mía!)
(La besa en la frente.)

JUANA. Buenos días, señor; voy
á preparar...

CONDE. Bueno, Juana. (Con dulzura.)
(Vase Juana foro izquierda.)

ESCENA IV

EL CONDE y MARIA

MARÍA. ¿Y cómo tan de mañana
el lecho abandonas hoy?
Madrugaste con exceso...
CONDE. Hoy es día de tu Santo...
y como te adoro tanto,
quise adelantar el beso...
Que no es incomodidad,
sino dicha seductora
el adelantar la hora
de tanta felicidad.
Pues como al árbol lozano
la savia presta verdor,
así da vida y calor
tu cariño al pobre anciano.
MARÍA. Y yo, al verme junto á ti,
todas mis penas olvido.
CONDE. ¡Qué breves han transcurrido
diez y ocho años! ¡Ay de mí!
Hoy has cumplido esa edad;
edad de placer y gloria.
¡Fecha de duple memoria,
de dicha y fatalidad!...
¡Pues quiso la infausta suerte
no darme dicha cumplida,
porque al darte á ti la vida,
le dió á tu madre la muerte!
MARÍA. ¡No te aflijas, porque lloro
cuando te pones así!...
Si se parecía á mí,
y yo como ella te adoro,
encuentra compensación
en amor que hija te da;
que el corazón de mamá
es mi propio corazón.
¡No existe dicha perdida;
fué obcecación de un momento,
pues si es producto mi aliento

de tu vida y de su vida,
y si te parece á ti
que acaso soy yo tan bella...
figúrate que soy ella
cuando me mires á mí!...

CONDE. ¡Ha tres días lo creía
que hermosa como ella estabas!...
¡Pero entonces no llorabas
ni sufrías, hija mía!...
Entonces tu pecho amante
palpitaba de ventura;
ni el dolor ni la amargura
empañaban tu semblante.
¡Hoy veo triste y llorosa
tu faz, y eso me contrista,
pues no hay padre que resista
tal dolor!

MARÍA. Si estoy gozosa.
(Queriendo aparecer alegre.)

CONDE. ¡Tú gozosa!

MARÍA. Claro está.

CONDE. ¡Cese tan bello fingir,
pues la huella del sufrir
marcada en tu rostro está!

MARÍA. Ahora recuerdo... aquí hallé...
esta carta. (Entregándole la que dejó el conde en la mesa.)

CONDE. (Reconociéndola.) (¡Oh, qué descuido!)

MARÍA. Tómala...

CONDE. (Con impaciencia.) Tú... ¿la has leído?

MARÍA. Si no es para mí, ¿por qué?

CONDE. No he pretendido injuriarte...

MARÍA. ¿Injuriarme tú?... ¡Detente!...

CONDE. Pues ya sabes que vehemente
cifro mi dicha en amarte.
Es... una carta atrasada
de negocios... (Sin darle importancia.)

MARÍA. (Con extrañeza y sentimiento.)
¿No es de él?...

CONDE. ¡Piensas mucho en Rafael!

MARÍA. ¿Yo?...

CONDE. ¿Serás muy desgraciada?

MARÍA. No; su acción.... su iniquidad,
á él le harán más desdichado.

CONDE. Rafael no te ha olvidado;
pero la fatalidad

se interpuso entre los dos,
y...

MARÍA. Tu bondad le disculpa...
pero él fué...

CONDE. No tiene culpa;
(Interrumpiéndola.)
yo lo sé y lo sabe Dios.

MARÍA. Pero no hallo la razón
para que hagas su defensa...

CONDE. Ni él quiso hacerte una ofensa,
ni es capaz de una traición.

MARÍA. Entonces di, por el Cielo,
¿quién aquí el culpable ha sido?

CONDE. ¡Yo... á consolarte he venido
y aumento tu desconsuelo!

MARÍA. ¡No le quiero recordar,
ni le ama mi corazón!

CONDE. ¡Y al nombrarle, la aflicción
vuelve tu rostro á inundar!...
¿Cómo es posible, hija mía,
que no le ames cuando lloras?...
Si me dices que le adoras
con más pasión cada día,
entonces irán de acuerdo
tu corazón y tus labios.

MARÍA. ¡Es verdad, sí; los agravios
no me roban su recuerdo!
(No pudiendo contener su dolor.)
¡Ya no puedo contener
este llanto que me ahogaba,
y que de ti lo ocultaba,
por no hacerte padecer!...
¡Pero tú me explicarás,
padre mío, lo ocurrido!...
¿Vendrá pronto, ó le he perdido
para no verle jamás?...

CONDE. ¡Desahoga tu pena y llora!

MARÍA. ¿Eso afirma su traición?..
¡No, padre; mi corazón
y todo mi ser le adora!...
¡Y aunque en no llorar me empeño,
lloro por él y en mi mente
su imagen está presente
y sin querer con él sueño!
¡Quiero... inquirir é ignorar!...
Mas la duda es preferible

á la realidad horrible;
que al fin la duda ¡es soñar!
¡Y en tarea tan ingrata
trabaja mi pensamiento,
que yo sufro mucho y siento
una pena que me mata!
¡Pensar en su amor no quiero!...
¡No sé si le odio... ó le adoro!...
¡Yo no sé si río ó lloro,
si esto es vivir ó me muero!... (Transición.)
Mas tu presencia querida
calma un tanto mi dolor,
pues aún me resta tu amor,
que es la esencia de la vida.
¡Y si el cariño perdí,
que me hizo soñar un cielo,
me quedan para consuelo
tus amantes brazos!

CONDE. (Con entusiasmo.) Sí;
¡ven á mi pecho, angel mío!
¡Que tu rostro de candor,
ahuyente con su fulgor
las sombras de mi delirio!

MARIA. Sólo tú, padre adorado
eres bueno y consecuente.

CONDE. (¡Cree noble al delincuente,
y criminal al honrado!)

MARIA. De él á ti ¡qué diferencia!

CONDE. ¡Es verdad, sí!

MARIA. ¡Cuanta mengua!...

CONDE. (¡Oh, no acudas á mi lengua,
justicia de la conciencia!)

MARIA. ¡Si fueran como tú eres,
todos los hombres, tan buenos,
¡ay! cuánto llanto de menos
derramaran las mujeres!...

CONDE. (¡Que nunca sepa que yo
causo su dolor profundo!)

MARIA. Dios, al enviarte al mundo,
su imagen en ti envió...
Que en tu rostro de bondad
llevas, padre mío, escrito
ese destello bendito
que da la divinidad.

ESCENA V

Dichos, ERNESTO, por el foro derecha.

ERNESTO. (Entrando.) Felices días, María...
Tío... (Saludando.)

CONDE. ¡Hola!

ERNESTO. Felicidades.

MARIA. Gracias.

ERNESTO. Tío, hay novedades.

CONDE. (¡Calla!)

ERNESTO. ¡Quién pensar pudiera!...

MARIA. ¿Qué sucede? (Alterada.)

ERNESTO. Casi nada...
Que Rafael no salió
de Madrid; que os engañó;
pero su acción castigada
ya está.

CONDE. Pues ¿qué le ha pasado?

ERNESTO. Que no faltó un caballero
que castigó con su acero...

MARIA. ¡Dios mío!...

CONDE. ¿Que han castigado
dices?... Por Dios, habla presto.
Ya que tu prudencia loca
trabas no puso á tu boca,
¡habla de una vez, Ernesto!

MARIA. Dice bien el padre mío:
habla...

ERNESTO. Todo Madrid sabe
que está Rafael muy grave
á causa de un desafío...

MARIA. ¡Ay! (Dando un grito.)

CONDE. (Llamando.) ¡Juana!...
(A Ernesto.) ¡Necio de ti!
¡Hija del alma! (A Maria.)

MARIA. ¡Oh! (Sale Juana.)

CONDE. Un momento
retírate á tu aposento,
mientras yo voy...

MARIA. ¡Ay de mí!...

JUANA. ¡Hija mía!
CONDE. (A Juana.) (¡No te apartes
de su lado!) Yo iré luégo... (A María.)
MARIA. Pero... (Suplicante y queriendo contener su dolor.)
CONDE. Entra, te lo ruego.
(Vase María, apoyada en Juana, primera izquierda.)

ESCENA VI

CONDE. Bien, sobrino, te portaste.
ERNESTO. Yo creí...
CONDE. ¡Qué necedad!...
Pero cuenta lo ocurrido.
Ese duelo ¿por qué ha sido?
ERNESTO. Todos callan la verdad...
y tan sólo averigüé,
el lance, no la razón...
CONDE. Quizás exageración
haya...
ERNESTO. Yo verle traté...
Fuí á su casa, y al abrir,
un hombre, con agrio gesto,
dijo: «Está el amo indispuesto
y no puede recibir...»
Quería saber su estado
sólo por... curiosidad.
CONDE. No, Ernesto; por amistad;
que es digno, noble, y honrado.
ERNESTO. Después de lo que pasó...
¿quieres que amigo le llame?
CONDE. Si acaso hay aquí un infame,
bien pudiera serlo yo.
ERNESTO. Pero, tío, no comprendo...
CONDE. Ni te hace falta tampoco.
ERNESTO. (¿Si estará mi tío loco?)
¿Le defiendes?
CONDE. Le defiendo.
Ven conmigo, escribiré
una carta; á verle irás,
y en entrar insistirás.
¿Entiendes?...
ERNESTO. Corriente; iré.
Pero...

CONDE. ¡Calla, por favor!...
Sígueme... (Dirigiéndose á la puerta segunda derecha.)

ERNESTO. (Esto es divertido.
¡Nunca vi que el ofendido
se humillase al ofensor!... (Ernesto sigue al conde.)

ESCENA VII

Después de quedar la escena sola unos instantes, aparece *Rafael*, por la derecha, en la puerta del foro, con marcadas muestras de abatimiento. Momentos de pausa, durante la cual recorre la vista por la escena.

RAFAEL

¡Vuelvo en esta casa á entrar...
y yo juré no volver!
¿Qué irresistible poder
me arrastra aquí, á mi pesar?
Amoroso sentimiento,
dueño de mi pecho amante;
fuiste... ¡sueño de un instante
que acarició el pensamiento!
¿Por qué no me has abrasado
antes del cruel despertar,
y á los vientos del azar
mis cenizas arrojado? (Pausa.)
¿Dónde estás, dicha del alma?...
¡Sólo es cierto el padecer!
Lo que llamamos placer,
son los instantes de calma.
¡Y esos instantes, que mudo
parece el dolor quedar,
son, por volver á empezar,
más intenso y mas agudo!
¡Mundo injusto, te complaces
en fingir dicha y mostrarla,
y al ir el hombre á alcanzarla
la retiras... la deshaces!
(Transición.)
De la luz en derredor,

la mariposa girando,
sus círculos va estrechando
con infatigable ardor.
¡La llama deslumbradora
la presta fulgentes galas,
la atrae, roza sus alas,
y en su fuego la devora!...
¡La dicha!... ¡Esa luz hermosa
que el hombre en su afán presiente!...
¡Quien á ella corre imprudente,
muere cual la mariposa!...
¡Que esa dicha apetecida
tan sublime, tan soñada,
sólo es para imaginada,
mas no para conseguida!
(Queda abatido, con la cara cubierta con sus manos. El conde sale distraído por donde entró en la escena anterior.)

ESCENA VIII

RAFAEL y el CONDE

CONDE. (Ya partió... Impaciente espero,
y ¡ojalá que poco tarde!
Será un siglo de amargura
cada minuto que pase. (Se fija en Rafael.)
Pero ¿es cierto lo que miro?
¡Rafael!... (Yendo hacia él con alegría.)

RAFAEL. (¡El conde! Dadme,
Dios mío, fuerzas y calma,
para que el rencor no estalle.)

CONDE. Dijeron que herido estabas...
mas han querido engañarme,
porque siempre al desdichado
todos son á maltratarle...

RAFAEL. No fué engaño... herido estuve;
mas el acero cobarde
no abrió, cual yo deseara,
herida profunda y grave.
Pues hasta la muerte misma,

no es extraño que se espante
de las luchas que en mi pecho
riñen terrible combate.

CONDE. Pero ¿es cierto lo del duelo?

RAFAEL. ¡Pregunta inútil y en balde!...
Tratándose de desdichas,
claro es que han de ser verdades;
pues amarguras y penas,
y lágrimas, y pesares,
del árbol de mi existencia
son ramas inquebrantables!

CONDE. ¿Pero las causas?...

RAFAEL. ¿Las causas
del duelo, dice usted?

CONDE. ¿Cuáles
fueron? Porque no concibo...

RAFAEL. ¡Una sola, una tan grande,
que, al recordarla, en mis venas
hierve de nuevo el coraje!...
Hablando de lo ocurrido...
que todo en Madrid se sabe;
pero ignorando la causa
de la imprevista catástrofe,
no faltó quien, pretendiendo
defenderme, difamase
á la inocente María...
y yo no sé lo que fué antes,
si imprimirle yo el castigo,
ó él terminar el ultraje.
Armas, sitio, día y hora,
quedó aquella misma tarde
dispuesto por los testigos
que mediaron en el lance.
¡Y antes de que el sol rasgara
del Oriente los celajes,
y que la Naturaleza
de su sueño despertase,
ciego, y frente á mi enemigo,
tendí el acero vibrante,
y el primer rayo del sol
alumbró un charco de sangre!
¡Vengada quedó la ofensa,
si es que así puede vengarse;
y yo, honrado hasta aquel día,
deshonrado ante un cadáver!

CONDE. El duelo, la sociedad,

aunque las leyen lo atajen,
lo acepta.

RAFAEL. Aunque mi conciencia
lo esquiva... ¡Ante aquel ultraje,
si maté cual caballero,
como asesino matase,
si al sentir vibrar la ofensa
hierro en mi mano vibrare!...
Mas todas estas desdichas
ni le asombren ni le extrañen...
¡Pues me engendró la desgracia,
así el destino implacable,
como nací desdichado,
desdichado ha de matarme!...

CONDE. ¡Oh! ¡no aumentes mi amargura
con tus aceradas frases!...
¿Tú piensas que yo no sufro?

RAFAEL. Poco eso puede importarme;
que aunque su padecimiento
yo no pretendo negarle,
penitencia es de su crimen
y no es lícito quejarse...
¡Yo no hallaría, en justicia,
digno castigo que darle,
ni siquiera imaginado,
pues no puede imaginarse!
Y puesto que el desagravio
imposible es, por mi parte,
no tema usted que le pida
lo que usted no puede darme.

CONDE. Llevo conmigo el castigo;
compañero inseparable
de mi dormida conciencia,
que, al fin, llegó á despertarse!
(Con desesperación y dolor crecientes.)
¡Por devolveros la dicha,
yo sufriera, Dios lo sabe,
los tormentos más horribles
que la locura soñase!...
¡Piensa castigos y horrores,
sin temor de que me espanten,
si al grito de mi agonía
vuestra dicha ha de ampararse.
Y pensando en mi delito,
y contemplando mis males,
mide la infamia del hombre,

y el infortunio del padre!...
RAFAEL. ¡Amargo arrepentimiento,
pero que llega muy tarde!...
Dos fases tiene el delito:
ésta es la segunda fase,
(Por la situación del conde.)
pues el llanto de la víctima
lo hereda al fin el culpable!...
(Transición.)
Sólo con ver á María
hoy mi afán se satisface...
¡Una chispa de ventura
pide quien perdió volcanes!...
¡Y una gota de consuelo
quien puede exigir raudales!...
Creo que tan poca cosa
no intentará usted negarme,
pues mi rencor despertara,
y no quiere despertarse.
CONDE. Tienes razón; es forzoso
que esta situación acabe.
¡Tú que la amas, como yo,
pues más no puede adorarse,
tienes su vida en tu mano!...
Piensa, Rafael, lo que haces...
¡Si la calma te faltara!...
RAFAEL. ¡Yo haré por que no me falte!
CONDE. ¡Puede salir á tus labios
lo que hiera, lo que mate!...

ESCENA IX

Dichos y MARÍA, que aparece por la puerta que entró anteriormente.

MARÍA. ¡Mi padre y él! (Se oculta detrás de la cortina.)
RAFAEL. ¡Por favor,
pronto, vaya usté, ¡ay de mí!
mientras yo me quedo aquí
á solas con mi dolor!...
Y yo sabré contener
el pensamiento y el alma,
hacer acopio de calma

y luégo, lo que ha de ser.
¡Verla, y un... ¡Adiós! eterno;
dar disculpa á mi... traición,
arrancarme el corazón
y que decida el Infierno!

CONDE. ¿La dirás?...

RAFAEL. ¿Yo revelarla
el secreto que me hiere?
Eso, hágalo usted si quiere;
yo no quiero asesinarla.
¡Que me declare villano,
que me mate y me maldiga!...
No tema usted que la diga:
«¡Yo, tu esposo, soy tu hermano!»...

MARÍA. (¿Qué dice?) (Ahogando un grito de horror, saliendo y apoyándose en un sillón.)

RAFAEL. ¡Si ella supiera
que el seductor de mi madre
fué usted, su adorado padre,
quizás la razón perdiera!...

MARÍA. ¡Ah, qué horrible confesión! (Dando un grito desgarrador.)

CONDE. / RAFAEL. ¡Oh! (Sorprendidos y retrocediendo.)

MARÍA. ¡Yo me siento morir!... (Buscando apoyo.)
¡No... si yo quiero vivir
aunque pierda la razón! (Con desesperación.)

RAFAEL. ¡Vive, sí! (Corriendo á ella.)

CONDE. ¡Hija idolatrada!... (Idem ídem.)

RAFAEL. ¡María!

CONDE. ¡En calma respira!...

MARÍA. ¡Pues decidme que es mentira
lo que oí, y estoy salvada!... (Muy rápido.)

RAFAEL. ¡Ah!... ¡Si yo mentir supiera
igual que sé idolatrar;
si con morir ó matar
tu infortunio se extinguiera,
mentiría de tal suerte
y de tal modo luchara,
que venciera, cara á cara
con el odio y con la muerte!...

MARÍA. ¡Me horrorizas con tu acento!

RAFAEL. ¡Pobre hermana, y pobre madre!

MARÍA. ¿Verdad que oí mal?

RAFAEL. ¡No!
(Con amargura y desesperación.)

MARÍA. ¡Padre,
dímelo tú!...
CONDE. ¡Qué tormento!...
MARÍA. ¡Habla!...
CONDE. ¡Es cierto! (Con dolor profundo.)
MARÍA. ¡Realidad
tal desdicha y tanta mengua!
¡Ay, no acudas á mi lengua,
rayo de la tempestad
que extendida por mis venas
inundas todo mi ser,
y con todo tu poder
aquí te desencadenas!...
(Llevándose las manos á la cabeza.)
¡Y si rugir es tu empeño,
dentro del cerebro estalla;
pero ruge dentro... y calla
mientras yo por fuera sueño!...
RAFAEL. ¡Se extravía tu razón!
MARÍA. ¡Ay! (Cayendo en un sillón.)
CONDE. ¡Hija mía, ten calma!
MARIA. ¡Arráncame, pues, del alma
esta funesta pasión! (Delirante.)
CONDE. ¡Pasión pura, virginal,
que os unió de tal manera,
que sólo el crimen le diera
desenlace tan fatal!...
¡Trocara por llanto eterno
tu dicha, tu fe perdida!...
¡Por vuestra dicha mi vida,
y por tu vida el Infierno!
MARÍA. (Llorando con fatiga.)
¡Ay!...
CONDE. ¡Porque verte morir
pensando verte gozar,
ni se puede imaginar,
ni lo podré resistir!
MARÍA. ¡Ay!... ¡Pronto... pronto mi anhelo
cesará!... ¡Hermano... querido!...
RAFAEL. (Reconcentrado.)
¡Oh!...
CONDE. ¡Perdón!...
MARÍA. ¡A Dios le pido
que lo envíe desde el Cielo!
¡En tus brazos... moriré!
¡Y en los tuyos!... ¡Qué dichosa!...

¡Soy tu hermana... y no... tu esposa!...

RAFAEL. ¡Vive y tu hermano seré!

MARÍA. ¡No!... ¡Hace tiempo... que en mi seno,
minando mi pobre vida,
la muerte estaba escondida
esparciendo su veneno!...
¡Y cuando... te conocí,
y mi ser te idolatró,
á la vida... me volvió
la que recibí de ti!

CONDE. ¡Vive, hija mía! (Llorando.)

MARÍA. ¡Sin calma,
falta vida... al corazón!...
¡Se confunde mi razón...
y abandona... al cuerpo... el alma!...

RAFAEL. ¡Si dar fuerza á tu existencia
puede mi vida, contento
te doy vida y pensamiento...
y vive, porque en conciencia
no sé qué siento en mi mente!...
(Con desesperación y dolor.)

MARÍA. ¡Rafael!... ¡Padre!... ¡Es mi hermano!...
¡Ah!... (Muere.)

CONDE. ¡Ten piedad de este anciano!...

RAFAEL. ¡Maldición!

CONDE. ¡Cielo inclemente!
¡Muerta!...

RAFAEL. ¡Oh, desesperación!
¡Todo, todo ha terminado!
(En la mayor desesperación.)

CONDE. ¡Ay, de latir ha cesado
en su pecho el corazón!...
(Queda abrazado á su hija.)

RAFAEL. ¡Mira tu obra!...

CONDE. ¡Calla!

RAFAEL. ¡No!
¡Bastante sufrí y callé!...
¡Tanta hiel, tanta guardé,
que en el alma rebosó
al grito de tanta mengua;
y para vengar agravios,
hoy se me sube á los labios,
emponzoñando mi lengua!

CONDE. ¡Oh, respeta mi amargura!...

RAFAEL. ¡Nada respeto le inspira,
á quien muerto á sus pies mira

el ángel de su ventura!
¡A maldecir, ó á llorar,
según sea el desconsuelo!...
¡Y á los dos nos juzgue el Cielo,
si es que nos ha de juzgar!

CONDE. ¡Calla; blasfemo no seas!

RAFAEL. ¡Cuando estalla el corazón,
no pida usté á la razón
que sujete sus ideas!

CONDE. ¡Silencio, Rafael!... ¡Advierte
que, mientras tú blasfemando
ruges, un padre llorando
está abrazado á la muerte!

RAFAEL. ¿Qué restan en su existencia,
rotos ya tan santos lazos?
¡Un cadáver en los brazos,
y en el pecho la conciencia!...
¡Yo ahogaré el dolor profundo...
muy lejos!... (Disponiéndose á salir.)

CONDE. ¡Oh, ven, por Dios!...

RAFAEL. Nada existe entre los dos
ni ante el Cielo ni ante el Mundo.
¡Sin fe ni felicidad,
náufrago soy de mí mismo;
pidiendo tumba al abismo
y un rayo á la tempestad!
(Vase desesperado por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA

CONDE, MARÍA

CONDE. ¡Ah, qué triste penitencia!
¡Tú tampoco ves mi llanto! (Por su hija.)
¡Cuánta soledad!... ¡Qué espanto,
á solas con mi conciencia!
¡Hiela mi alma y mi razón,
(Estrechando el cuerpo de su hija en un abrazo.)
muerte, pues quiero morir!...
¡Pero yo debo vivir!
(Apartando sus brazos rápidamente y comprendiendo que debe vivir para sufrir.)

¡No merezco compasión!...
¡Conciencia, en mi pecho grita!
¡Martirízame, lo anhelo;
y caiga el fuego del Cielo
sobre mi frente maldita!!!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Doy las más expresivas gracias á todos los artistas que han desempeñado sus papeles en el estreno de esta obra, por el acierto y el entusiasmo con que lo han hecho, dignos de mi más profunda gratitud.

El Autor.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.